

Michel Wieviorka

l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, France

resumen En las ciencias sociales, existen numerosos enfoques que rechazan o minimizan la importancia del conflicto en la vida colectiva, o que lo sustituyen por una visión spenceriana de la lucha social. Entre estos dos extremos, existe un vasto espacio para abordar el conflicto como una relación, lo cual lo distingue de conductas de guerra o de ruptura. La sociología propone distintas maneras de distinguir el conflicto social y de diferenciar sus modalidades. La cuestión no es solo teórica, sino también empírica e histórica: ¿no hemos pasado –al menos en algunos países– de una era industrial dominada por el conflicto social estructurado que oponía al movimiento obrero frente a los patrones, hacia una nueva era dominada por otro tipo de conflictos con orientaciones netamente culturales? En cualquier tipo de análisis, la noción misma de conflicto debe diferenciarse claramente de la noción de crisis, incluso si ambas coexisten concretamente en la realidad social.

palabras clave acción ♦ crisis ♦ conflicto social ♦ lucha de clases ♦ movimientos sociales ♦ violencia

¿El conflicto social al centro de la vida colectiva?

Muchos enfoques de las ciencias sociales insisten en la totalidad que constituye una sociedad, en su unidad política muchas veces encarnada por el Estado y en las unidades cultural e histórica que son asociadas frecuentemente a la idea de Nación. Estos enfoques tratan también el tema de la comunidad que constituye la sociedad, del vínculo social, de la integración de sus miembros y del proceso de socialización que les corresponde. Algunas describen a la sociedad como un conjunto estratificado de capas sociales, esta imagen completa la idea de movilidad social, ascendente o descendente. El punto común de estos enfoques es su manera de minimizar o ignorar el conflicto, es decir la relación antagónica entre dos o más actores. Sus variantes más extremas, y más ideológicas, son capaces de reducir la vida social a la búsqueda de la ‘armonía’, como se puede ver en algunos textos de la sociología china contemporánea inspirados por el confucianismo.

Otros enfoques, por el contrario, le dan a la lucha un papel central en el análisis de la vida social. Los más radicales proponen representaciones socialdarwinistas o spencerianas. Sin tomar necesariamente

este camino, algunos análisis desarrollan la idea de etnias o razas en conflicto, como Ludwig Gumplowicz (1883) quien hablaba de la ‘lucha de razas’.

Existe una tradición sociológica, relativamente diversificada, que se niega a casarse con las visiones que acabamos de mencionar, o por lo menos con sus versiones más extremas, y que ha decidido tomar una cierta distancia al respecto de los enfoques que niegan o minimizan el conflicto y de aquellos que valorizan la concurrencia y el ‘struggle for life’. Esta tradición se esfuerza por dar un lugar importante al concepto de conflicto. Es en este contexto que Randall Collins, ‘the strongest contemporary advocate of conflict theory’ (Anderson, 2007: 662) pudo hablar de una ‘conflict tradition’ que va desde Maquiavelo y Hobbes hasta Marx y Weber (Collins, 1975). Maquiavelo y Hobbes, abrieron el camino al interesarse en las luchas por el poder. Marx, también propuso, en palabras de Randall Collins, un conjunto de principios que fundarían las bases de una ‘conflict theory of stratification’ –una formulación bastante discutible. Si bien Karl Marx llegó a describir a la sociedad como el resultado de una sobreposición estratificada de clases

Sociopedia.isa

© 2010 The Author(s)

© 2010 ISA (Editorial Arrangement of *Sociopedia.isa*)

Michel Wieviorka, 2010, ‘El conflicto social’, *Sociopedia.isa*, DOI: 10.1177/205684601056

sociales (hasta siete, que en *Las luchas de clase en Francia* identifica como: la aristocracia financiera, la burguesía financiera, la burguesía comerciante, la pequeña burguesía, el campesinado, el proletariado y el lumpenproletariado), también es cierto que se dedicó sobre todo a hablar de lucha de clases y de un conflicto central característico de las sociedades capitalistas en las que el proletariado obrero y los dueños del trabajo se oponen.

La idea de estratificación social presenta a la sociedad como una yuxtaposición de capas sociales pero no nos dice nada sobre lo que, eventualmente, podría constituir una relación conflictiva entre éstas. La estratificación se aleja también de la idea de antagonismo, de conflicto aunque es mucho más cercana a la idea de movilidad, ascendente o descendente. Desde esta perspectiva, los individuos se definen en función de su pertenencia a una clase y de su movilidad, ya sea que se mantengan o salgan de esta clase, por arriba o por abajo. Sin embargo, es posible pasar de la idea de estratificación a la de conflicto si se considera que la primera expresa lo segundo y que debajo de los estratos sociales se pueden encontrar actores atrapados en relaciones de dominación. Es así que la sociología marxista (Poulantzas, 1977) de los años 60 y 70 en ocasiones ha descrito a las sociedades concretas considerando las distintas capas sociales, lo que reenvía a la lógica de la estratificación, interrogándose simultáneamente acerca del lugar de determinada capa –la pequeña burguesía por ejemplo– en la polarización conflictual de la clase obrera y el capital.

Por su lado, según Randall Collins, Max Weber habría resaltado la existencia de múltiples divisiones de clases al mismo tiempo que habría señalado el control de los medios materiales de violencia.

La literatura sociológica de las décadas de 1960 y 1970 opuso frecuentemente la definición de Marx sobre el conflicto a la de Weber. Marx inserta el conflicto en su sentido social, es decir el de la lucha de las clases, al centro de la vida colectiva, mientras que Weber se interesa por otras formas de lucha, como por ejemplo las religiosas o las étnicas. Marx está más interesado en la propiedad de los medios de producción y en la explotación del proletariado obrero, por su lado, Weber se interesa más en la burocracia y en la racionalización de la sociedad. Marx cree que se puede concebir una sociedad sin conflictos a condición de que se asegure la emancipación del proletariado obrero, Weber se muestra escéptico, y no cree en la desaparición del conflicto, etcétera.

Algunos enfoques consideran que una sociedad está mejor integrada cuando sabe evitar o minimizar el conflicto social, mientras que otros postulan, como lo propone Marx, que el conflicto constituye el motor de la vida social –para Marx, la historia de las

sociedades en general, es la historia de las luchas de clases, y aunque su mayor prioridad son las sociedades industriales, su enfoque también es válido para las sociedades mercantiles o campesinas: ‘la historia de cualquier sociedad hasta nuestros días no ha sido más que la historia de las luchas de clases’, escribe en el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848).

La mayoría de los pensadores sociales que tratan con el conflicto hacen de él una categoría que admite dimensiones normativas, o que incluye un juicio de valor. Por un lado, algunos, sin negar su existencia o cegarse ante su realidad empírica, o histórica, ven en él un elemento negativo, una patología. Es el caso, sobre todo, de Talcott Parsons, y de muchos otros sociólogos inscritos o no en la corriente funcionalista: ‘Parsons, escribe Lewis Coser, was led to view conflict as having primarily disruptive, dissociating and dysfunctional consequences. Parsons considers conflict primarily a “disease” ’ (Coser, 1956: 21). Podemos igualmente considerar que uno de los padres fundadores de la sociología, Émile Durkheim, era más sensible a las dimensiones inquietantes del conflicto, que a su capacidad para contribuir al progreso o a la integración social.

Por otro lado, otros sociólogos hacen del conflicto, si no un elemento positivo, por lo menos un factor de progreso y de dinamismo, o una forma normal de la vida social, un tipo de interacción que asegura el cambio o incluso el funcionamiento de la sociedad.

Esta apreciación permite precisar las líneas que delimitan el espacio del concepto ‘conflicto’. En un extremo, el lugar del conflicto está limitado, y es juzgado en términos negativos por aquellos que, desde Émile Durkheim hasta Talcott Parsons, muestran interés por la sociedad definida ante todo como un conjunto integrado por normas, roles y valores; en el otro extremo, cuando la sociedad es analizada como el resultado necesariamente cambiante de la concurrencia y de las luchas despiadadas que desembocan en una selección natural, no hay por lo tanto un lugar para el conflicto, sino más bien para las conductas de depredación, de violencia, de guerra civil o de ruptura –el pensamiento de Herbert Spencer, o el darwinismo social no son el resultado de una teoría del conflicto social.

Un autor que es particularmente importante en este campo es Georg Simmel quien con este tema del conflicto ejerció una profunda influencia sobre la sociología estadounidense, ya sea sobre Robert Park y los llamados sociólogos de Chicago o, más tarde, sobre Lewis Coser, quien se inspiró en él para proponer una teoría funcionalista del conflicto, subrayando sus diversas funciones y sus valores positivos. Para Lewis Coser, el conflicto asegura el

mantenimiento de un grupo, la cohesión dentro de sus fronteras, e impide que algunos de los miembros lo abandonen: 'it may contribute to the maintenance, adjustment or adaptation of social relationships and social structures' (Coser, 1956: 151).

Georg Simmel propuso un análisis original del conflicto ya que, por un lado, lo sitúa al centro de la vida social, y, por el otro, ve en él una fuente fundamental de unidad para la sociedad, e incluso lo valoriza al explicar que éste contribuye en el proceso de socialización de los individuos y en la regulación de la vida colectiva: 'una vez que el conflicto ha estallado . . . se trata en realidad de un movimiento de protección contra el dualismo que separa, además de ser un camino que llevará a una especie de unidad' (Simmel, 1992: 19).

La idea de conflicto puede ser asociada a la de poder e incluso a la de coerción. Entonces se vuelve distinta a la idea de sociabilidad, quiere decir que los seres humanos son sociables, pero que también son capaces de oponerse entre ellos, de entrar en confrontación. En esta perspectiva, el conflicto es aquello que adviene cuando los intereses de individuos o de grupos son antagonicos, y cuando se oponen por el estatus o el poder. Los participantes del conflicto son, en este caso, sensibles a las emociones –un tema renovado recientemente por Randall Collins (2008) para quien la violencia tiende a formar parte de la comunicación emocional– al mismo tiempo que son capaces de perseguir de una manera racional sus objetivos, movilizan recursos para intentar alcanzar sus fines, y no por esto se vuelven un lobo entre otros lobos, como menciona Hobbes al describir el estado natural –'homo homini lupus'–, se encuentran dentro de las lógicas de relación, y no de destrucción o de supervivencia.

El conflicto como relación

Puesto que el conflicto no es el irreductible enfrentamiento entre enemigos, no se trata de un juego de suma cero, donde lo que uno gana lo pierde el otro. Es una relación entre adversarios que comparten algunas referencias culturales; es, dice Simmel, 'una síntesis de elementos, un *contra el otro* que hay que circunscribir con un *para el otro* dentro de un mismo concepto superior' (Simmel, 1992: 20). El conflicto no es la crisis que constituye, más que una relación entre actores, una situación en la cual tanto los individuos como los grupos reaccionan. Tampoco es necesariamente violento, aunque puede serlo, por lo que deben precisarse las relaciones entre violencia y conflicto: un conflicto puede incluir, en algunas fases, aspectos violentos, pero si la violencia perdura, se instala, o si pierde toda su

capacidad de ser instrumental –y por lo tanto de ser controlada y limitada– entonces necesariamente degrada al conflicto y lo lleva hacia otras lógicas de ruptura pura, de terrorismo. Además, la violencia específica del conflicto, aún cuando es extrema, no impide la coexistencia con formas tácitas de acuerdo o de moderación. Por ejemplo, en un libro clásico, Thomas Schelling señala que los mensajes que comunican una llamada a concluir el conflicto pueden tomar la forma de una violencia brutal y extrema –las bombas atómicas lanzadas sobre Nagasaki e Hiroshima por la aviación estadounidense durante la Segunda Guerra mundial son también mensajes que indican claramente que algún tipo de comunicación, y por lo tanto una relación, no está para nada excluida. Otros ejemplos de este fenómeno son presentados por Diego Gambetta (2009) o Martín Sánchez Jankowsky (1991) quienes demuestran como las pandillas urbanas violentas envían mensajes a otras pandillas, a la policía o a los políticos.

Para que haya conflicto, hace falta un campo de acción dentro del cual puede darse la relación entre adversarios, en otras palabras, unidad de campo y autonomía de los actores deben existir al mismo tiempo. Este campo, este espacio común permite que aquello que el conflicto pone en juego sea reconocido por los actores en oposición, los cuales luchan por controlar los mismos recursos, los mismos valores y el mismo poder. Georg Simmel ejemplifica bastante bien este punto al hablar de un conflicto que opuso a los obreros y a las cervecerías berlinesas en 1894, en el cual los primeros boicotearon a las segundas. Esta violenta lucha entablada por 'los dos lados con las últimas energías, aunque sin ningún odio personal' no impidió que 'en plena mitad del conflicto, dos de los líderes hayan incluso expuesto en la misma revista sus opiniones . . . presentando ambos los hechos de manera objetiva, y por lo tanto de acuerdo, divergiendo únicamente en las consecuencias prácticas, cada uno según su partido' (Simmel, 1992: 55).

De manera más sistemática, el conflicto sólo puede darse si tres elementos están presentes: un campo o elementos en juego que sean los mismos para los actores, lo que Alain Touraine (1974) llamó un principio de totalidad; un principio de oposición, en el cual cada actor se define en relación a un adversario; y un principio de identidad, en el cual cada uno se define a sí mismo. Desde este punto de vista, hablar de clases sociales y de relaciones de clases en el caso de la sociedad industrial, en una perspectiva que podría atribuírsele a Karl Marx, significa hablar en términos de conflicto. El principio de totalidad existe puesto que los actores presentes pretenden por su parte pilotear la sociedad, controlar el uso que se hace de la producción; también está presente el

principio de oposición ya que proletariado y capital se entienden como adversarios (y no como enemigos que habría que suprimir físicamente); finalmente está el principio de identidad dado que podemos pensar que cada uno es capaz de tener una conciencia social, para unos obrera y para otros patronal o empresarial –un tema que se ha debatido ampliamente, sobre todo por importantes pensadores marxistas como Georg Lukacs (1960).

La sociología del conflicto, cuando se ve obligada a considerar las posibilidades del escalamiento, pero también las de burocratización o de juridificación, se prolongan fácilmente dentro de la filosofía política del consenso, es decir del esfuerzo por resolver el conflicto. Sin remontarnos hasta Platón, quien en *La República* se esfuerza por definir la manera en que el Estado ideal podría eliminar cualquier conflicto, citemos mejor a Jürgen Habermas (2003) quien intentó delimitar las condiciones de una ética de la discusión democrática. En otro ámbito, se ha constituido una actividad práctica llamada ‘conflict resolution’ compuesta por un enorme campo académico y profesional que busca eliminar las fuentes del conflicto en diferentes áreas: en la vida familiar, profesional, en política, en geopolítica, donde se hacen esfuerzos para gestionar las discrepancias interculturales y por lograr un ‘peace building’. La mayor parte de estos diversos esfuerzos intentan implicar a un tercero entre las partes del conflicto para crear una mediación que haga posible la salida del conflicto mediante la negociación, ayudando así a construir comunidades conscientes de sí mismas, que hagan gala de pedagogía, haciendo visible el interés compartido en una solución ‘win-win’, etc. (Bercovitch et al., 2009; Deutsch et al., 2000; Sandole et al., 2009). Por otra parte, la sociología del conflicto tiene mucho que ganar si se toman en cuenta los innumerables trabajos de psicología social que estudian, sobre todo, la manera en que los grupos en oposición se hacen más fuertes o se debilitan durante el conflicto, el juego entre el ‘in-group’ y el ‘out-group’, etc. Los trabajos de Taifel (1981) son un ejemplo particularmente interesante.

Pero la evolución natural de un conflicto no es necesariamente su solución más o menos armoniosa, también pueden darse tendencias crecientes a la violencia. Un conflicto puede tener distintas fases, algunas más cercanas a la solución negociada, y otras, por el contrario, marcadas por el escalamiento.

Estas observaciones nos obligan a precisar lo que no es el conflicto social.

El conflicto no es guerra. De acuerdo con la terminología de Carl Schmitt, la guerra hace referencia a un mundo únicamente compuesto por amigos y enemigos, donde las comunidades están unificadas por una oposición externa contra otras comunidades

susceptibles de constituir entre ellas una amenaza radical –totalmente al contrario de una relación en la que se puede debatir y negociar. Pero la guerra puede representar la prolongación o la perversión de un conflicto social. Por ejemplo, puede ser el medio, de una élite dirigente, o de una clase económica dominante para transformar las dificultades en su tratamiento de los problemas sociales y políticos internos en una movilización contra un enemigo externo. Durante toda la Guerra Fría, los ideólogos de ambos campos presentaron su oposición en términos de clase, los Estados Unidos fueron descritos en el campo soviético como una potencia imperialista al servicio del capitalismo, la Unión Soviética apareció simétricamente para el campo estadounidense como un enemigo del progreso, que se supone que trae consigo la economía capitalista.

Tampoco se puede reducir fácilmente el conflicto a la noción de competencia, un tema que ha sido muy discutido por Georg Simmel, para quien la competencia supone una forma particular de conflicto/consenso, y, muchas veces, un conflicto indirecto, o paralelo, en el cual los actores tienen la misma finalidad, comparten los mismos intereses, pero no se oponen directa o necesariamente. Sin embargo, la competencia no implica ninguna relación social y es por eso que, a final de cuentas, se puede aceptar que ésta opera en espacios distintos a los del conflicto social.

Los diferentes tipos de conflicto social

La sociología propone, de manera directa o indirecta, varias maneras de distinguir los diversos tipos o modalidades de conflicto social. Algunas se basan en una jerarquía que va desde el conflicto más elevado, en lo que refiere a lo que está en juego, hasta sus expresiones más limitadas. Así pues, en el contexto de las perspectivas con una fuerte influencia de Karl Marx, la lucha de clases aparece como la forma más elevada del conflicto, la más central, la más determinante. Desde este punto de vista, muchas luchas concretas pueden incluir esta dimensión simultáneamente a otras, y pueden, por ejemplo, conjugar reivindicaciones de bajo nivel de proyecto, con exigencias que busquen modificar la relación entre contribución y retribución a favor de los protagonistas de la acción, una presión de tipo político, para que, por ejemplo, cambie la legislación sobre un punto preciso, y la afirmación de una aspiración histórica o de una utopía que relevan directamente del conflicto de clases.

Así mismo, según este mismo punto de vista, es posible leer ciertas conductas a la luz de la hipótesis

de un conflicto de clase, incluso si estas sólo incluyen aspectos débiles y parecen jugar sobre todo en otro nivel, político o incluso organizacional, por citar un ejemplo.

De esta manera durante las décadas de 1960 y 1970, al reconocer la importancia del conflicto, la sociología de las organizaciones se dividió claramente en tres grandes perspectivas o modos de aproximación. Por un lado, un punto de vista marxista, o marxisante, ve en los conflictos organizacionales dentro de una empresa, de una institución, de una administración, de un hospital u otro, la traducción o la expresión, en un nivel limitado, de la gran oposición entre el movimiento obrero y los amos del trabajo, y se esfuerza finalmente por develar, tras las tensiones internas de la organización, una aspiración histórica, o un llamado a otro tipo de sociedad. Por otro lado, en una perspectiva con mayor influencia de Max Weber, algunos sociólogos como Ralph Dahrendorf (1959) sin abandonar el vocabulario de las clases sociales, se interesaron sobre todo, en analizar, la forma en que, dentro de una organización, la autoridad estructura las relaciones entre dirigentes y dirigidos. Los conflictos sociales, dentro de esta perspectiva, ponen en juego la repartición de la autoridad, ya sea que lleguen a modificarla o, por el contrario, que logren mantenerla. Finalmente, una vasta literatura aborda los conflictos organizacionales situándose en ese nivel, sin intentar considerar dimensiones que podrían rebasarlos. En esta tercera perspectiva, el conflicto no cuestiona las orientaciones más generales de la vida colectiva, aquellas que hacen que independientemente de la pertenencia a una organización, de sus intereses, los individuos y los grupos puedan ser definidos por su lucha por el control, por el dominio de la acumulación, por la dirección de la producción, por la definición de los modelos culturales y cognitivos, y que pueden reconocerse en contra-proyectos.

En principio, no hay ninguna razón para elegir entre estas perspectivas o enfoques, que además no se excluyen necesariamente: en la práctica, el conflicto organizacional en sí mismo no desemboca forzosamente en la estructuración de relaciones sociales más amplias o importantes —lo que evidentemente no excluye que pueda ser mayor, que suscite fuertes tensiones internas y que pueda, eventualmente, inscribirse dentro de proyectos o de utopías que lleguen a cuestionar el tipo general de la sociedad.

Una segunda manera de distinguir los diversos tipos de conflictos consiste en concentrarse no tanto en su nivel o en su importancia relativa, sino en el registro principal de significaciones de cada uno. En esta perspectiva, que le debe mucho a Max Weber, el objetivo es, ante todo, refutar la idea de una primacía y casi de un monopolio de la lucha de las clases, y por

lo tanto de una concepción propiamente social del conflicto arraigada en las relaciones de trabajo y en la producción, para privilegiar en cambio la existencia de conflictos religiosos, culturales, étnicos, e incluso hasta raciales.

Todo esto supone un importante problema teórico: si el concepto de conflicto implica la existencia de un campo común, de un espacio donde los protagonistas son capaces de dialogar, de negociar, si el conflicto implica una relación antagónica, ¿es posible recurrir a él en el caso de tensiones entre conjuntos culturales, religiosos, étnicos, o incluso racializados? Y es que cuando las identidades que definen tales conjuntos dejan de ser sociales *stricto sensu*, es decir cuando dejan de estar ligadas al trabajo, al salario, al acceso al consumo, a la vivienda, a la educación, etc., entonces implican rápidamente la no-relación, la ausencia de campo común, de posibilidad de negociación o de debate. Una pertenencia cultural, religiosa, étnica, racial (aquí dejamos de lado el debate sobre la pertinencia sociológica del vocabulario de la etnia y de la raza que siempre han sido categorías capaces de abrirle camino al racismo) es muy poco negociable, no se discute, los individuos están adentro o afuera. En caso de que exista una gran diversidad de modalidades de contacto, incluso de coexistencia entre identidades, la hipótesis de la relación antagónica controlada cede rápidamente su lugar tanto a las realidades de la guerra, de las conductas de violencia o de ruptura, cuando se trata de su relación con el exterior; como a las de la búsqueda de cohesión y de pureza en su interior. En este sentido, el conflicto se aleja de la llamada del grupo a distanciarse tanto como se pueda de los otros grupos, y de la búsqueda de su homogeneidad. No se puede confundir esto con la xenofobia y el racismo, incluso si, en la experiencia concreta de los actores en conflicto, se pueden observar tales tendencias. Es por eso que la idea de conflicto étnico o racial es tan contestable, aún cuando es el tema central de muchas investigaciones que en algunos casos se han convertido en obras 'clásicas' o de referencia (Horowitz, 1985; Van den Berghe, 1965). Y es que esta familia de 'conflictos' en realidad constituye no-relaciones sociales, se basa o desemboca en prácticas de rechazo, de exclusión, de segregación o de discriminación las cuales son superadas por la sociedad concernida no con negociaciones o debates entre 'razas' o 'etnias', sino mediante un rebasamiento que el presidente estadounidense Barack Obama llamó 'post-racial'. En este caso, o por lo menos en el de las democracias, el 'conflicto' no es 'racial', no se da entre 'razas' o 'etnias', opone más bien a aquellos que pretenden acabar con el racismo y con las discriminaciones a aquellos que toleran, aceptan o se aprovechan de estas situaciones.

Un tercer modo de aproximación consiste en considerar que dentro de una sociedad, los principales conflictos tienen como horizonte el poder de Estado, el acceso al sistema político, el poder. La política constituye un espacio privilegiado de conflictos, sobre todo cuando ésta es representativa, y cuando los actores son la expresión de fuerzas sociales, culturales, religiosas, étnicas u otras. Antes que nada, la política es el lugar en el cual hay que combinar los dos modos de análisis sociológico que acaban de ser evocados. Esto porque, por un lado, la representación política se organiza en función del peso relativo de las exigencias y de las expectativas sociales, lo que hace pensar en el primero de estos dos modos de aproximación y en la jerarquía de los conflictos que existen en la sociedad en cuestión: por ejemplo, en las sociedades industriales, el conflicto que opone al movimiento obrero y a los dueños del trabajo se repite en la estructuración de los partidos políticos. Ahí, la izquierda encarna a los obreros y la derecha a los segundos actores –aún cuando los estudios de sociología electoral, o incluso el análisis de Seymour Martin Lipset (1959) sobre el autoritarismo de la clase obrera cuestionaron insistentemente la idea simplista de una correspondencia directa del conflicto social en la representación política. Por otro lado, la representación política no escoge, toma en cuenta todas las realidades que pueden existir, sociales en el sentido estricto de la palabra, pero también culturales, religiosas o étnicas.

La llamada sociología ‘de la movilización de recursos’ (Oberschall, 1996; Tilly, 1978) que ganó notoriedad en Estados Unidos a partir de la década de 1960, en un contexto político general donde se trataba, precisamente, de redescubrir el conflicto dentro de la historia y de la sociedad estadounidense, le da un lugar privilegiado a este nivel político, y, por lo tanto, a la idea de que el objetivo principal de los actores que estudia es, a través de sus movilizaciones, acceder a este nivel, mantenerse ahí e incrementar su influencia relativa. Es por eso que esta sociología le da un interés particular a los cálculos o a la estrategia de los actores en conflicto, a su capacidad de movilizar dinero, redes y solidaridades para alcanzar sus fines.

Finalmente, la política constituye en sí misma un espacio de conflicto, dentro del cual los actores luchan no sólo porque son los representantes de fuerzas o intereses sociales, culturales, religiosos u otros, sino en función de lógicas propias de acción, con, podemos considerar, una cierta autonomía en relación a otros campos o niveles de la vida colectiva. Pero notemos que este punto ha sido, desde siempre, ampliamente debatido dentro de las ciencias sociales y políticas, la idea de la autonomía de lo político, aunque sea relativa, es rechazada por aquellos que

hacen del Estado y del juego de los actores políticos y de los partidos la expresión directa de exigencias y de expectativas económicas. Así por ejemplo, desde esta perspectiva, según la célebre fórmula de Friedrich Engels, el Estado constituiría el Consejo de administración de la burguesía, y no una entidad capaz de seguir sus propios intereses.

El lugar del conflicto de clases

El lugar del conflicto de clases en la sociología es eminentemente fluctuante en tiempo y espacio, y varía ante todo en función de las realidades mismas. En algunos contextos, el conflicto propiamente social, aquel que, en las sociedades industriales, se arraiga en el trabajo y en las relaciones de producción y que se prolonga con respecto a la redistribución, el consumo o el espacio urbano, ocupa un lugar importante y suscita numerosas investigaciones e importantes debates sociológicos. Es el caso, particularmente, de muchos países europeos durante los treinta años consecutivos al final de la Segunda Guerra mundial, cuando la reconstrucción y el desarrollo evidenciaron una fuerte clase obrera, con sindicatos y partidos políticos que jugaban un papel considerable. En el mismo periodo, la sociología estadounidense le daba un lugar menor al conflicto social, en parte porque éste no tenía la misma intensidad que en Europa, por lo menos con relación a otros problemas, como por ejemplo la cuestión de los derechos cívicos. De manera general, si bien en los Estados Unidos existió una tradición ilustrada sobre todo por Robert Park, como lo recuerda Lewis Coser en la introducción de *The Functions of Social Conflict*, que intentó hacer del conflicto social un tema central, y que trataba más que nada con proyectos de reforma; la dominación intelectual del funcionalismo parsoniano, hasta mediados de la década de 1960, derivó en una debilidad por parte de los enfoques que valorizaban el conflicto, por lo menos hasta el momento en que las nuevas luchas le dieron de nuevo un lugar nada despreciable, al mismo tiempo que significaron, como lo escribió Alvin Gouldner (1970), la crisis de la sociología occidental –es decir de la sociología parsoniana. Pero estas luchas posteriores al movimiento por los derechos cívicos de la década de 1950 y de comienzos de la década de 1960, no eran específicamente obreras, eran más políticas que ‘sociales’ en el sentido clásico del adjetivo, iban en contra de la guerra en Vietnam, o contra la segregación racial; eran contra-culturales o incluso estudiantiles. El caso es que el auge de la ‘conflict sociology’ en los Estados Unidos, sobre todo con Reinhard Bendix (1966), es correlativa al principio de la caída del funcionalismo parsoniano, ‘los

conflictos nunca fueron *centrales* para Parsons y sus epígonos' (Joas y Knöbl, 2009: 176). Así mismo, en el Reino Unido, la teoría sociológica del conflicto tal como la han desarrollado autores reconocidos como John Rex o David Lockwood, critica fuertemente a Parsons (Joas y Knöbl, 2009).

Dado que su desarrollo es aún débil en África y en Asia, la sociología se ha expresado poco al respecto de los conflictos sociales de estos continentes en los años posteriores a la guerra. De manera más general, las ciencias sociales, comenzando con la antropología, aún cuando están conscientes de la existencia de conflictos de los cuales los más decisivos fueron los anticolonialistas y los anti-imperialistas, a veces con una carga de acción revolucionaria, y sin dejar de percibir claramente las divisiones étnicas y raciales que podían expresarse; han hablado muy poco sobre el conflicto social en las partes no occidentales del mundo, como si una división del trabajo bastante etnocéntrica hiciera de la sociología la ciencia social de los países desarrollados y le dejara el asunto a otras disciplinas en lo que respecta al resto del mundo. En otros contextos, las conductas de lucha parecían dominadas por la ruptura y la radicalidad, dejando poco espacio para la construcción de conflictos sociales en el sentido que hemos explicado más arriba, y por consiguiente quedaba menos espacio aún para una sociología del conflicto. En conjunto, la situación era la misma en América Latina, donde las ideologías revolucionarias y la violencia de las guerrillas fueron una mayor fuente de inspiración para la investigación sociológica que la búsqueda de la democracia y del establecimiento de condiciones favorables para el conflicto social —una situación clara para investigadores que, como el brasileño Fernando Henrique Cardoso, participaron más tarde en la salida democrática de las dictaduras.

Durante las décadas de 1970, 1980, y 1990 las sociedades en las que había sido posible y legítimo hablar de conflicto de clases y de movimiento obrero salieron de la era industrial clásica. Durante este periodo, las formas de la organización del trabajo se transformaron considerablemente, las fábricas del taylorismo, en las que los obreros estaban sometidos a modalidades 'científicas' de management y de organización de la producción dejaron su lugar a otros tipos de trabajo, a la 'McDonaldización' de la que habla George Ritzer (1993), a la flexibilidad, al llamado management 'participativo', a la externalización de actividades que hasta entonces se aseguraban de puertas para adentro. El capitalismo evolucionó profundamente, como lo demuestra por ejemplo Richard Sennett (2005). Los obreros, contrariamente a una idea superficial, no desaparecieron, sino que perdieron su capacidad de existencia y de acción colectivas, además de su centralidad y de su

visibilidad en tanto que obreros. A partir de ese momento se pudo presenciar el ocaso histórico del conflicto central que los oponía al capital, y que daba forma a la vida colectiva, a la política, al funcionamiento del tejido asociativo y al debate intelectual. El neo-liberalismo barrió la escena y la purgó de los conflictos clásicos de clase. A finales de la década de 1960, algunos sociólogos hablaron de 'sociedad post-industrial', entre ellos, Daniel Bell y Alain Touraine. Ambos sociólogos utilizaron la expresión 'sociedad post-industrial', aunque dándole un sentido diferente: con Bell (1973) se trataba de la extensión de la sociedad industrial, mientras que con Alain Touraine era un cambio societal (1969).

Más tarde, otros autores emplearon expresiones como la 'post-modernidad' (Lyotard, 1979) y el final de los Grandes relatos, mientras que otros, o los mismos, describieron la entrada en el reino del individualismo generalizado, y por lo tanto en universos desprovistos de conflictos sociales.

En este contexto, el gran conflicto de la era industrial tendía, sino a desaparecer, por lo menos a perder su centralidad, a tal punto que la expresión de 'lucha de las clases' parece hoy en día desueta, aún cuando algunos sociólogos del trabajo insisten en su importancia (Arrighi et al., 2005). Algunos quisieron mantenerla viva de manera artificial, primero dentro del marco del pensamiento izquierdista, más tarde dentro del terrorismo de extrema izquierda, tan importante en Italia, y que fue posible observar en varias sociedades occidentales (Wieviorka, 1988). Simultáneamente, la cuestión social tomó una dirección diferente, y después del tema clásico de las relaciones de producción, que permitía pensar el conflicto a partir de la explotación obrera en el trabajo, se sucedieron nuevas interrogantes en las cuales el conflicto no tenía cabida: los sociólogos se interesaron en la dualización del mercado del empleo y de la sociedad, en las consecuencias dramáticas de la precarización de los asalariados, en la exclusión social, en el crecimiento de las desigualdades y de las injusticias, aunque sin relacionar estos temas a la idea de conflicto social. El conflicto de clase le dejó el lugar a nuevas formulaciones de los llamados problemas sociales, sobre la marginalidad, la violencia urbana, la *underclass* (una noción bastante debatida), el desempleo, etc., al mismo tiempo que los partidos políticos que estaban más ligados a la idea de lucha de las clases, comunistas, aunque también socialdemócratas desaparecieron o se enfrentaron a grandes dificultades, mientras que los sindicatos perdieron peso y capacidad de movilización.

Los nuevos conflictos sociales

No obstante, y contrariamente lo que postulaban un individualismo generalizado que liquidaría cualquier forma significativa de conflicto, a finales de la década de 1960 se estableció un nuevo paisaje de la conflictividad social compuesto por nuevas luchas o luchas renovadas. Por un lado, movimientos regionalistas que exigían 'vivir y trabajar en el país'; por el otro, movimientos estudiantiles que cuestionaban el funcionamiento y las orientaciones de la Universidad y, por lo tanto, de la producción y de la difusión del saber, simultáneamente, movimientos de mujeres, protestas ecologistas, anti-nucleares, etc.: estos actores fueron analizados a partir de la década de 1970 por la llamada sociología de movilización de los recursos y fueron considerados como movimientos que intentaban afirmarse en el campo de la política (Della Porta y Diani, 1999), mientras que Alain Touraine (1978) y su escuela veían en ellos la figura contestataria de conflictos sociales que marcaban la entrada en una nueva era, la post-industrial.

Estos nuevos conflictos tienen dimensiones culturales mucho más claras que los que animaban a las sociedades industriales. Sus protagonistas inventan maneras de vivir juntos, defienden valores o cambios culturales, buscan militar de otra manera, y, por ejemplo, ya no aceptan el principio de satisfacción diferida que, en la era industrial, hacía de los obreros militantes actores que procedían según la perspectiva de un futuro mejor. Los protagonistas exigen mucho más que antes el ser considerados como individuos dotados con una subjetividad personal, desean contar con la decisión de comprometerse a su manera, y poder liberarse cuando así lo quieran. La conflictividad colectiva en este caso no imposibilita el individualismo.

A partir de la década de 1990, estos conflictos tomaron otro camino a razón de su inserción en la globalización. Sus actores dejaron atrás el marco tradicional del Estado-nación, o en todo caso dejaron de acordarle un monopolio. Ellos mismos se volvieron 'globales' al punto de coordinar contestaciones a escala mundial. Debilitados como consecuencia de los atentados del 11 de septiembre de 2001, la contestación 'altermundialista' inauguró el comienzo de la era de los conflictos globales, que articulan dimensiones mundiales con otras dimensiones, nacionales o incluso locales. Esbozaron la construcción de un campo conflictual, de un espacio de luchas con sus dilemas (los actores esperan contribuir en la creación de 'otro mundo'); su debilidad proviene de las dificultades que enfrentan cuando intentan definir a su adversario —¿las multinacionales? ¿Los capitalistas? ¿Los Estados Unidos, la potencia imperialista? ¿Las grandes organizaciones internacionales como el FMI o el Banco Mundial?

Por último, algunos de estos 'nuevos conflictos sociales' tienen a la cabeza actores colectivos que exigen el reconocimiento del pasado histórico que sufrieron sus ancestros, y de las injusticias que a su juicio siguen pagando hoy a causa del racismo y de las discriminaciones. Exigen, por ejemplo, que se reconozca el genocidio, las masacres masivas, la trata de negros, la esclavitud, la erradicación de su cultura, y denuncian, a veces como un solo movimiento, la manera en que se les maltrata dentro de su sociedad. Estos actores que oponen frecuentemente su memoria a la historia oficial, anteponen reivindicaciones históricas y culturales; en este caso, la dificultad surge al tratar de construir espacios para relaciones de conflicto ya que ellos se presentan más bien como situados en posición de competencia —Jean-Michel Chaumont (1996) lo demuestra muy bien en un libro cuyo título es bastante explícito: 'la competencia de las víctimas'. Es entonces que surgen nuevos debates en las ciencias sociales y en la filosofía política: ¿qué relaciones sostienen lo social y lo cultural, la lucha contra las desigualdades y contra la injusticia social, la lucha por el reconocimiento? Estas cuestiones son objeto de un interesante debate entre Frazer y Honneth (2003).

Conflicto y crisis

Conflicto y crisis representan dos categorías analíticamente distintas y, de manera muy general, podemos admitir que el espacio del conflicto se estrecha cuando el de la crisis crece. Pero en la práctica, conflicto y crisis se mezclan con frecuencia ya que las conductas de los actores relevan de uno u otro. En periodo de crisis, la relación conflictiva entre actores se descompone, las tendencias a la ruptura, incluso a la violencia, se desarrollan, pero también eventualmente crece el desencanto, la retracción, el cierre sobre sí mismo. Cuando se constituyó el movimiento Solidarnosc en la Polonia aún comunista, en 1980, lo primero que hizo fue construir un conflicto en el que se mezclaban dimensiones propiamente sociales (obreras), nacionales y democráticas. Pero después de algunos meses, la crisis económica (falta de provisiones alimenticias) y política (transformación del régimen en junta militar) se adueñaron del movimiento, lo fragmentaron, aparecieron tendencias populistas y nacionalistas, la radicalización caracterizó tanto al actor contestatario como al poder, y un golpe militar le puso fin a la aventura legal de Solidarnosc el 13 de diciembre de 1981. El conflicto había sido ampliamente suplantado por la crisis.

Las relaciones entre crisis y conflicto varían en cada experiencia, y para la misma experiencia, de un

momento a otro. Así pues, los conflictos sociales que constituían una densa relación entre sindicatos y patronato en la Europa posterior a la Primera Guerra mundial fueron desestructurados por la crisis económica de 1929, y más tarde en algunos países, por el crecimiento del fascismo. Por el contrario, en los Estados Unidos, durante el mismo momento, la Gran Depresión suscitó una respuesta política, el New Deal, que suponía un fuerte apoyo para los sindicatos, que desde ese momento vivieron una verdadera edad de oro.

La crisis financiera que vio la luz en el mundo entero en 2008 trajo consigo consecuencias económicas y sociales considerables, y puso en evidencia las carencias, aunque también las esperanzas de dos tipos de acciones: por un lado, los sindicatos, actores conflictuales al centro de la sociedad industrial, se mostraron debilitados, poco capaces de pesar institucionalmente; por el otro, las sensibilidades ecologistas, la llamada al desarrollo sustentable y al 'crecimiento verde', por ejemplo, jugaron un papel en los esquemas de salida de la crisis, que aunque tímidamente, rindió justicia a aquellos actores contestatarios que, desde la década de 1970, antepusieron estas ideas sobre un mundo conflictivo.

La expresión más importante de la conjunción de un conflicto y de una crisis es sin duda alguna la revolución. Ésta no es ni una modalidad extrema de conflicto, ni una crisis pura. La revolución rusa de 1917, por ejemplo, fue llevada a cabo por actores que se decían proletarios, pero el empuje obrero, hasta cierto punto limitado, tuvo efectos considerables debido a la crisis de las instituciones y del Estado –algo de lo que Lenin se había dado cuenta: no es revolucionario el actor, sino la situación.

Por lo tanto, el espacio de la sociología del conflicto social no está únicamente limitado por la minimización, el rechazo, la negación, o la descalificación de lo que significa el conflicto, o por la herencia del darwinismo social. También se arriesga a ser obstaculizado por dimensiones que lo penetran, por la crisis que lo desestructura o lo debilita. Y podemos pensar, de manera simétrica, que las mejores respuestas para una crisis son aquellas que reabren el camino hacia el conflicto, y por consecuente hacia la formación y hacia el reforzamiento de actores situados en relaciones antagónicas.

Bibliografía complementaria comentada

Collins R (1975) *Conflict Sociology: Toward an Explanatory Science*. New York, San Francisco y London: Academic Press.
Randall Collins considera que la sociología puede

convertirse en una 'successful science' con la condición, principalmente, de seguir el camino de la perspectiva del conflicto. Él sostiene la idea de una teoría del conflicto que se distancie del funcionalismo parsoniano y que otorgue una importancia central al pensamiento de Max Weber, sin desestimar las aportaciones de Karl Marx, incorporando a autores tan diversos como Maquiavelo o Pareto.

Coser L (1956) *The Functions of Social Conflict*. London: The Free Press of Glencoe.

Lewis Coser propone en este libro, que reconoce la influencia del pensamiento de Georg Simmel, una versión que estaríamos tentados en calificar como 'funcionalismo de izquierda'. Para él, el conflicto es funcional y útil en la vida colectiva, es una fuente de solidaridad al interior de los grupos en conflicto, refuerza los lazos sociales y contribuye a la integración de la sociedad en su conjunto.

Simmel G (1903) The sociology of conflict. *American Journal of Sociology* 9(1903): 490–525.

Para Simmel, el conflicto presenta un cierto sentido y puede constituir una fuente importante de socialización para los individuos, también permite que la sociedad encuentre su unidad a partir de las oposiciones que la constituyen, y es la forma que permite la resolución de tensiones.

Tilly C (1978) *From Mobilization to Revolution*. Reading, MA: Addison-Wesley.

Para Charles Tilly, la acción colectiva sirve para promover los intereses comunes de los actores que se comprometen en ella. Esto es así particularmente cuando se trata del conflicto político, es decir, de la lucha por el poder político entre actores que movilizan recursos para acceder a él, para extender en él su influencia y para disminuir la de los otros actores. Este libro se basa en ilustraciones históricas precisas y bien documentadas, y sitúa las orientaciones de Charles Tilly, quien conjuga marxismo y utilitarismo, entre otras corrientes de pensamiento.

Touraine A (1974) *Production de la société*. Paris: Seuil.

Alain Touraine opone el conflicto, es decir la relación conflictual, a la crisis, que suscita conductas reactivas. Distingue tres niveles principales de conflictualidad: el de la historicidad, en donde los actores sociales luchan por el control de las orientaciones generales de la vida colectiva; el que llama institucional, en donde para los actores presentes se trata de influir en el nivel de las decisiones políticas; y el que llama organizacional, en donde los actores presentes se esfuerzan por mejorar en su favor la relación entre su contribución y su retribución dentro de un sistema organizado.

Wieviorka M (2005) *La Violence*. Paris: Hachette Littératures. [*Violence: A New Approach*, traducción por David Macey. Los Angeles y London: Sage.] Para Michel Wieviorka, el espacio de la violencia se reduce cuando el de la violencia aumenta, y viceversa. La violencia es para él ruptura, imposibilidad de negociación, de debate, de acción dentro del marco de una relación; la violencia es en cierta forma lo

opuesto al conflicto, que está dentro del orden de la relación. Esto no impide que en la práctica la violencia pueda encontrar un espacio dentro del conflicto.

Referencias

- Anderson SK (2007) Conflict theory. En: *Blackwell Encyclopedia of Sociology*. Oxford: Blackwell, 662.
- Arrighi G, Silver B, y Brewer BD (2005) Industrial convergence and the persistence of the North-South Divide: A rejoinder to Firebaugh. *Studies in Comparative International Development* 40(1).
- Bell D (1973) *The Coming of Post-Industrial Society*. New York: Basic Books.
- Bendix R (1966) *Max Weber: An Intellectual Portrait*. London: Methuen.
- Bercovitch J, Kremenyuk V, y Zartman IW (2009) *The Sage Book of Conflict Revolution*. London: Sage.
- Chaumont J-M (1996) *La Concurrence des victimes*. Paris: La Découverte.
- Collins R (1975) *Conflict Sociology: Toward an Explanatory Science*. New York, San Francisco y London: Academic Press.
- Collins R (2008) *Violence: A Micro-Sociological Theory*. Princeton, NJ y Oxford: Princeton University Press.
- Coser LA (1956) *The Functions of Social Conflict*. London: The Free Press of Glencoe.
- Dahrendorf R (1959) *Class and Class Conflict in Industrial Society*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Della Porta D, Diani M (1999) *Social Movements: An Introduction*. Malden, MA: Wiley-Blackwell.
- Deutsch M, Coleman PT, y Marcus E C (eds) (2000) *Handbook of Conflict Resolution*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Frazer N, Honneth A (2003) *Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange*. London y Paris: Verso.
- Gambetta D (2009) *How Criminals Communicate*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Gouldner AW (1970) *The Coming Crisis of Western Sociology*. New York: Basic Books.
- Gumplowicz L (1883) *Der Rassenkampf*. Innsbruck.
- Habermas J (2003) *L'Éthique de la discussion et la question de la vérité*. Paris: Grasset. (Transcripción y traducción para un debate público y conferencias dictadas en París, febrero 2001.)
- Horowitz D (1985) *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley: University of California Press.
- Jankowsky MS (1991) *Islands in the Street*. Berkeley: University of California Press.
- Joas H, Knödl W (2009) *Social Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lipset SM (1959) *Political Man*. Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press, edición ampliada 1981.
- Lukacs G (1971 [1923]) *History and Class Consciousness*. London: Merlin Books.
- Lyotard J-F (1979) *La Condition postmoderne: Rapport sur le savoir*. Paris: Les Editions de Minuit.
- Oberschall A (1996) *Social Movements: Ideologies, Interests and Identities*. New Brunswick, NJ y London: Transaction.
- Poulantzas N (1977) *Les Classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui*. Paris: Seuil.
- Ritzer G (1993) *The McDonaldization of Society: An Investigation Into the Changing Character of Contemporary Social Life*. London: Pine Forge Press.
- Sandole DJD, Byrne S, Sandole-Staroste I, y Senehi J (eds) (2009) *Handbook of Conflict Analysis and Resolution*. London: Routledge.
- Schelling T (1960) *The Strategy of Conflict*. Oxford: Oxford University Press.
- Sennett R (2005) *The Culture of the New Capitalism*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Simmel G (1903) The sociology of conflict. *American Journal of Sociology* 9 (1903): 490–525.
- Simmel G (1992) *Le Conflit*. Paris: Circé.
- Tajfel H (1981) *Human Groups and Social Categories*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly C (1978) *From Mobilization to Revolution*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Touraine A (1969) *La Société postindustrielle. Naissance d'une société*. Paris: Denoël.
- Touraine A (1974) *Production de la société*. Paris: Seuil.
- Touraine A (1977) *The Self-Production of Society*, traducción por Derek Coltman. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Touraine A (1978) *La Voix et le regard*. Paris: Seuil.
- Van den Berghe P (1965) *South Africa: A Study in Conflict*. Middletown: Wesleyan University Press.
- Wieviorka M (1988) *Sociétés et terrorisme*. Paris: Fayard.

Michel Wieviorka es profesor en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (París) y Administrador de la Fundación Maison des Sciences de l'Homme. Sus trabajos han abordado los movimientos sociales (especialmente con Alain Touraine), la violencia y el terrorismo, el racismo y el antisemitismo, así como las diferencias culturales, la democracia y el multiculturalismo. Es Presidente de la Asociación Internacional de Sociología (2006–2010) y fundador de *Sociopedia*. [email: wiew@msh-paris.fr]